

mundo gráfico

Miércoles, 23 de Septiembre de 1936

DIRECTOR:

Luis González de Linares



En Toledo, junto a los sublevados del Alcázar

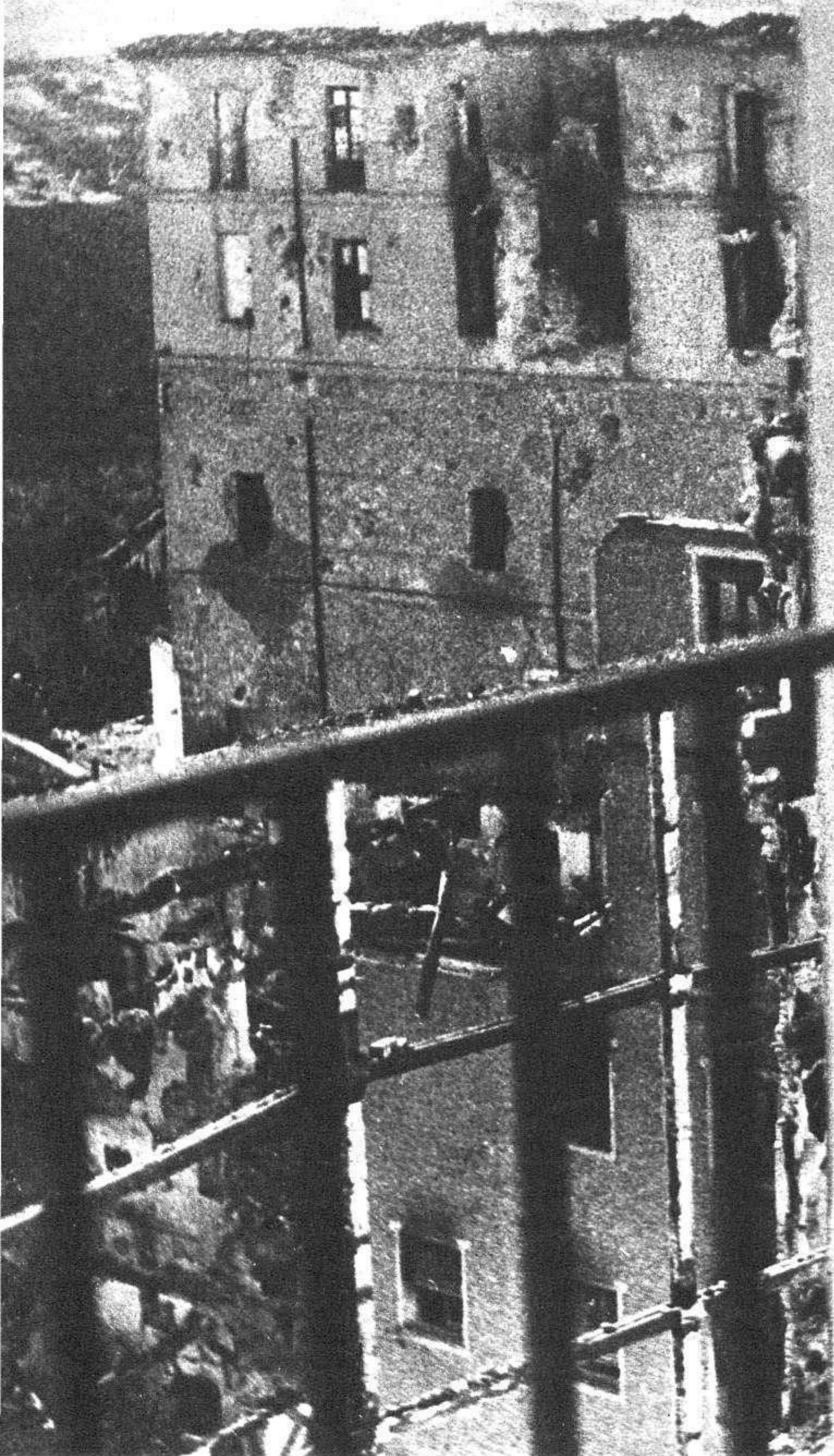
**En este número, un interesante
reportaje de nuestro enviado
especial Antonio Otero Seco**

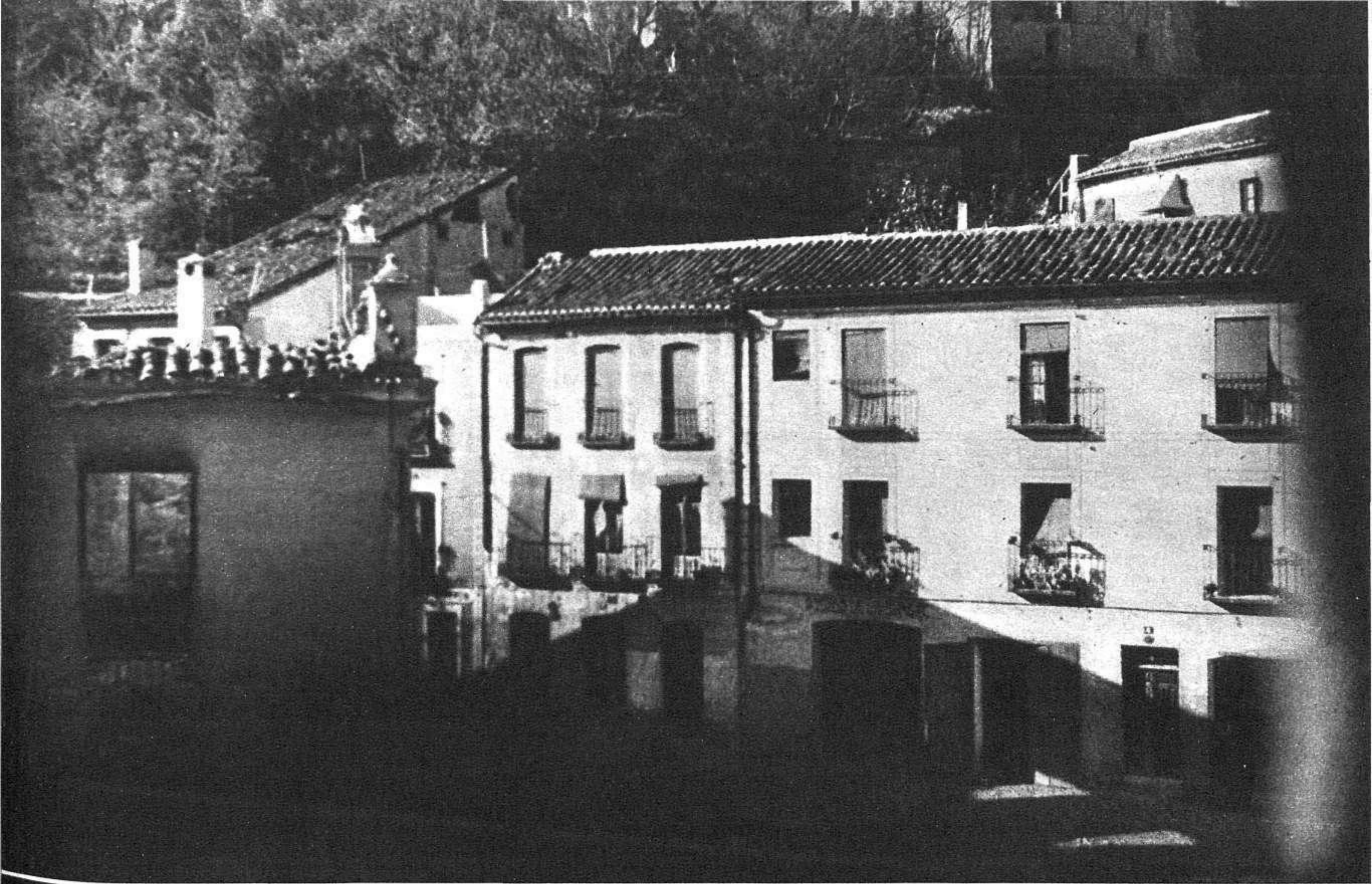
(Fot. Videa)

Director honorario
José L. Campúa
AÑO XXVI
Número 1299
Hermosillo, 73
Apartado 571
MADRID

En Toledo, junto a los sublevados del Alcázar

Desde esta ventana del Museo Arqueológico, hostilizada por los rebeldes, nuestro compañero Videá hizo esta foto de la fachada del Gobierno Militar



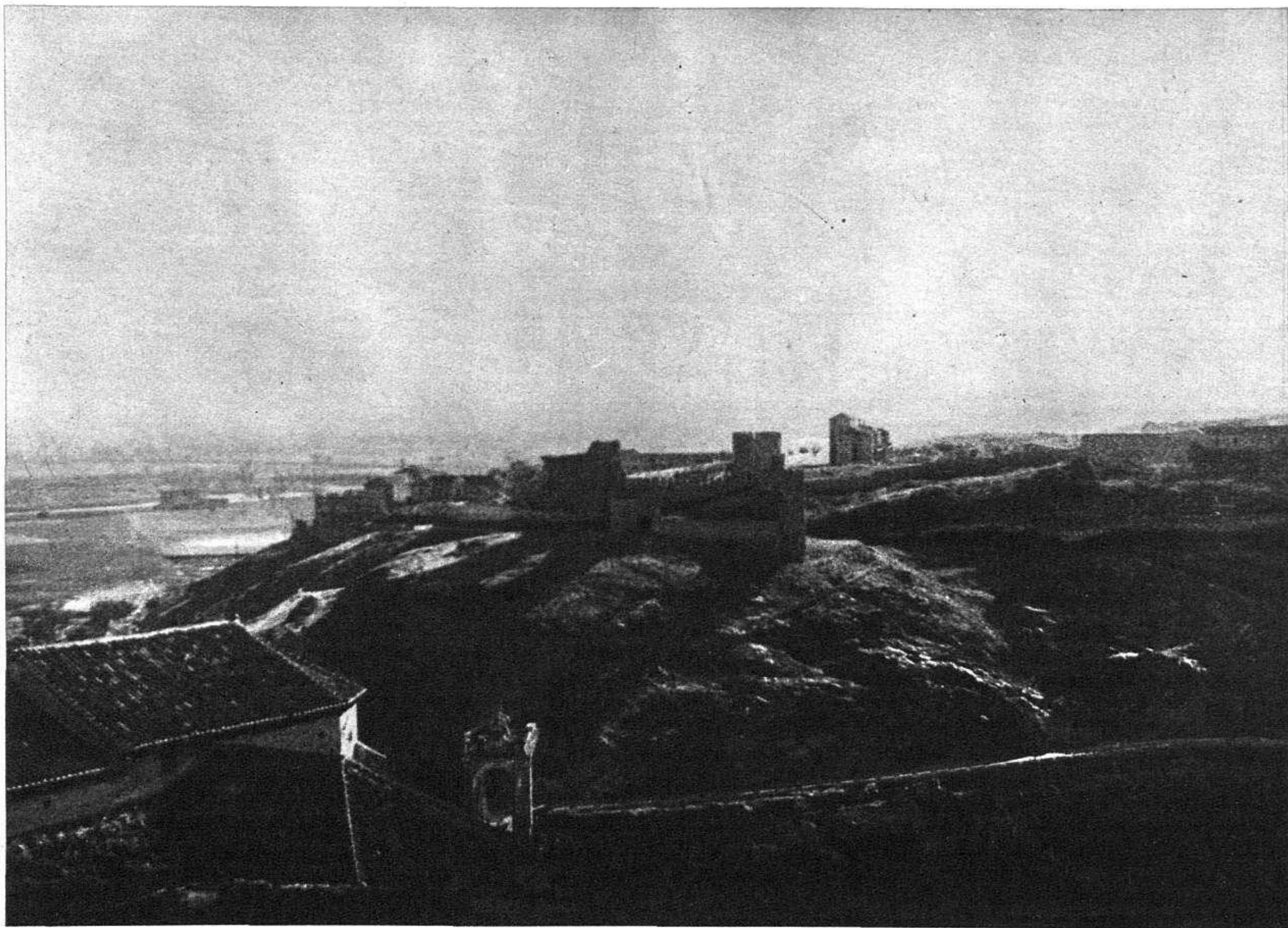


Arriba: La fachada de la Posada de la Sangre, desde el Hospital de la Santa Cruz.
Abajo: Las ruinas del Alcázar

(Fots. obtenidas por nuestro compañero Videá el jueves último)

(Véase más adelante la Información "En Toledo, junto a los sublevados del Alcázar")





El castillo de San Servando

EN TOLEDO, junto a los suble- vados del Alcázar

A lo largo del trayecto de Madrid a Toledo hay un control de tráfico en la entrada de cada pueblo. Es la única señal de guerra. Campesinos de corporal sobriedad, curtidos por el solazo de las llanuras castellanas, piden con aire amable «los papeles», a punto las viejas escopetas herrumbrosas, para evitar cualquier sorpresa desagradable. Casi todos sonríen y hasta dialogan con los automovilistas, que lo cortés no quita a lo cuidadoso. Pero ni uno solo deja de leer y releer, con redoblada atención, los salvoconductos, y de analizar minuciosamente los sellos de las distintas organizaciones que los avalan.

Fuera de estos detalles, nadie pensaría que va atravesando caminos incluidos en la zona de guerra. Porque la vida de los pueblos que escoltan la carretera es absolutamente normal.

Y a uno y otro lado de la espada de asfalto, el campo se hace oro aéreo entre las horcas de los campesinos dedicados, con aire tranquilo, a las últimas faenas de la recolección veraniega.

Puños en alto respunteando el camino. Puños encallecidos de hombres, de mujeres, de niños. Y canciones proletarias: en las casas humildes, en las plazas minúsculas, en las fuentes pueblerinas, en las eras doradas por el sol, en los cuadriláteros de sombra donde se reúnen los viejos para hablar de la guerra...

«La Internacional», a la sombra de la Catedral primada

Toledo. La vieja ciudad se anuncia antes de verla encaramada en sus colinas, casi con el

mismo perfil que tiene en el cuadro del Greco, por el ruido de los cañones que hostilizan los últimos reductos del Alcázar. Es un estallido seco, hondo, contundente, con el que el capitán Carrero está escribiendo un inexorable Manel, Thecel, Phares, sobre los últimos paredones de la Academia.

Poco antes de llegar a la vieja puerta de entrada, hay un largo trozo de carretera, desde la que se ven perfectamente las pocas líneas verticales que aun restan de la antigua fortaleza militar.

Hasta hace poco tiempo, las ametralladoras del Alcázar estuvieron hostilizando esta parte del camino, que hoy puede pasarse sin peligro.

El interior de la ciudad es, en estas vísperas de la dominación total, casi el de siempre. La misma vida provinciana de hace poco más de

dos meses. Fuera de las ruinas de una parte de Zocodover, el turista que se adentrara ahora por sus calles empinadas y retorcidas, apenas encontraría sorpresas en el ritmo normal de la ciudad. Sólo le llamaría la atención la fisonomía de una parte de los transeúntes. Por donde paseaban antes los clérigos y los cadetes, en una proporción casi absorbente en el flujo y reflujo callejero, discurren ahora los milicianos del pueblo, cantando himnos proletarios, inéditos para las viejas oquedades de las callejas toledanas. Fuera de esto, la vida es normal, como si no existieran el subrayado de los cañones y los puntos suspensivos de las balas de fusil.

Yo he visto, pegada a los viejos paredones de la Catedral primada, a una vieja de más de setenta años, con los labios temblones por el rezo. Y junto a ella, sin propósito de turbarle la oración, a ocho o diez milicianos cantando *La Internacional*. (Advertencia importante: la calle de la Catedral se llama, desde la proclamación de la República, calle de Carlos Marx. De la época del bienio radical-cedista le quedan a la placa de porcelana unas desconchaduras de piedras irreverentes.)

El reloj, parado

Apenas iniciada y dominada la sublevación de los cadetes toledanos, se cerraron las puertas de la Catedral. Ya no se oyen sus campanas. Aquella famosa mole de bronce sonoro, donde, según la vieja leyenda, podía trabajar en fila una docena de zapateros sin molestias mutuas, se ha hecho más mito que nunca. Ni siquiera la campana del reloj se oye ahora. El reloj se ha parado en un ángulo de horas pretéritas, en el momento de la victoria popular, como un signo maléfico que hicieran las manillas para las apetencias fascistas.

Carlos IV, el Padre Mariana, Fernando VII y el Santo de Asís

El Gobierno Civil se ha instalado en el Palacio Arzobispal. En lo que antes era la Notaría eclesiástica de la diócesis está ahora el despacho del gobernador. Es una habitación espaciosa, con muebles cómodos y un dosel que ha



Un jefe militar viendo con el anteojo de artillería los efectos de los disparos

(Fots. Vide)

dejado de cobijar las armas del escudo cardinalicio para servir de fondo a una alegoría de la República. Por los largos pasillos del inmenso caserón, pródigo en patios y jardines gustosos, hechos al frú-frú de las sotanas eclesiásticas y al bisbiseo de los rezos de los clérigos, van y vienen milicianos de todas las organizaciones republicanas y proletarias. Un aire dinámico, de trabajo febril, ha expulsado a las sombras y al silencio de las estancias episcopales. En el salón de concilios funciona ahora el Tribunal del pueblo; en los dormitorios de los fámulos, de toda esa larga corte de servidores del arzobispo, reposan los milicianos después de la dura faena del día; en las grandes cocinas se prepara el yantar de los defensores de la República... Sólo las estancias innecesarias para los afanes de ahora permanecen cerradas: el salón del trono, el archivo, la biblioteca, el comedor de gala, el de invierno... En todas ellas hay una espesa quietud de tiempo muerto, que se vuelca en los muebles polvorientos y en los óleos con imágenes de santos o de reyes, en promiscuidad insospechada. Por ejemplo: las imágenes de Carlos IV y de Fernando VII, dando escolta al cráneo claro y pelado del Padre Mariana y a la sonrisa angelica del «mínimo y dulce Francisco de Asís».

Nocturno toledano

En estos días se puede—y se debe—pasear de madrugada, sin riesgo alguno, por las calles de Toledo. Es nuevo y único este espectáculo de las viejas calles de la ciudad, donde resuenan la artillería y las balas del escaso paqueo que hacen desde el Alcázar. Los lugares toledanos, aquellos que las agencias de viajes tenían buen cuidado de anotar en el itinerario de los turistas, tienen ahora una fisonomía distinta, lavados de su *pose* de exportación.



Desde una terraza, los milicianos disparan contra los sublevados



El gobernador popular, señor Vega, hablando con nuestro colaborador Otero Seco
(Fots. Vide)

Y da gusto pasear por el puente de San Martín o por el Miradero, para ver cómo el Tajo prende por la cintura a la ciudad. O por las calles con resonancia antigua—calles de la Sal, Hombre de Palo, Curtidores—, sin peligro y sin que venga nadie a sacarnos de nuestra abstracción, ni aun para pedirnos la consigna. Pero en Zocodover...

Piedras ilustres en el suelo

Zocodover está rodeado de parapetos hechos con sacos terreros. Por una de las calles del fondo se asoma todavía un trozo de pared del Alcázar, sostenido en pie por una verdadera subversión de las leyes del equilibrio. Y aun cuando ya no se hostiliza mucho desde allí, están tomadas todas las precauciones para evitar las consecuencias dolorosas de un tiroteo inesperado. Detrás de los sacos terreros, los milicianos de guardia, envueltos en gruesas mantas, tienen los ojos clavados en el paredón cubierto. A veces, se divisa una sombra furtiva, proyectada en alguna de las ventanas. Entonces, los milicianos, reposadamente, disparan sus fusiles. Y la sombra desaparece para siempre.

En la amanecida, cuando todos los gallos de Toledo se han puesto de acuerdo para lanzar a coro su diana, la luz vuelca sobre Zocodover un montón de piedras de tristeza. Piedras ilustres de lo que fué el Arco de la Sangre y de todos esos edificios maravillosos que se agrupaban en uno de los lados del cuadrilátero de la plaza.

A pocos metros de los rebeldes

A pocos pasos del Alcázar, junto a lo que era alojamiento del Gobierno Militar, está la Biblioteca y Museo Arqueológico. En él, un grupo de guardias de Asalto de la Compañía de Especialidades vigila los movimientos de los fascistas. A veces, cuando el ruido de las balas no es muy intenso, se pueden oír, desde las ventanas del Museo, las conversaciones de los sublevados. Es, claro, una curiosidad un poco peligrosa, porque apenas los facciosos se dan cuenta de la presencia de un blanco propicio, disparan sus fusiles. Casi siempre—según nos informan estos guardias—los tiros proceden de armas manejadas por los cadetes o por los fascistas disfrazados de soldados. Los auténticos, los del pueblo, apenas disparan contra sus hermanos, como no sea bajo la presión de los jefes y con el propósito de que la bala no haga blanco.

Desde las ventanas del Museo se pueden ver perfectamente los destrozos causados por los leales en la Academia y en las casas próximas, convertidas por los rebeldes en fortín, con la vana esperanza de que habrían de resultar inexpugnables. El que fué Gobierno Militar es ahora un esqueleto de edificio, con muchas paredes derrumbadas y ennegrecidas por el fuego. En uno de los paredones que aun conservan la verticalidad, y sobre un trozo de techo de lo que fueron habitaciones centrales, hay una jaula, que debió ser dorada, con un pájaro quemado dentro. Desde ahí se hostilizaba al Museo, y las balas han acribillado las paredes y la mayoría de los cuadros y objetos de arte guardados en sus dependencias. Muchas estatuas yacentes han recibido el fusilamiento de las balas rebeldes. Un Cristo de piedra, de fina y patética línea, tiene en la frente la honda huella de una bala.

Junto al Museo, pegadas a él, hay unas dependencias que fueron vivienda particular, casi reducidas a escombros. Entre los restos de los muebles destrozados asoman trozos de una muñeca de trapo, mutilada, y un libro de lecturas



Un parapeto de Zocodover, desde el que se hostilizaba a los últimos restos del Alcázar

infantiles. ¿Dónde han ido las manos de la niña que acariciaba la rubia cabecita de esta muñeca decapitada? ¿Y qué ha sido de ese matrimonio, cuya ingenua ampliación de boda cuelga aún en un trozo de pared destrozada?

Los guardias que custodian no tienen tiempo de ser sentimentales, atentos a observar los movimientos de los sublevados o a manejar los fusiles cuando el caso lo requiere. Y nos muestran, con una sonrisa de triunfo, las ruinas del Alcázar, que desde estas ventanas casi se pueden tocar con la mano.

Entretanto, Vide, encaramado en los lugares de máximo peligro, dispara una y otra vez su máquina, para enfocar perspectivas inéditas hasta ahora.

Tras él se han ido el comandante—¡salud, bravo comandante!—y el hombre a quien Queipo del Llano puso precio a su cabeza, sin que se decidiera a perderla, a pesar de lo elevado de la suma.

ANTONIO OTERO SECO

Toledo, 17 de Septiembre.

El regreso a Madrid de nuestros enviados especiales a Filipinas



HAN regresado a Madrid los hermanos Julio y Enrique Pastor, que habían marchado, como dijimos en momento oportuno, a las Islas Filipinas para preparar un número extraordinario de nuestra revista. El éxito más completo ha acompañado la gestión de nuestros compañeros en aquellas Islas. En Filipinas se ha acogido a los hermanos Pastor con una magnífica cordialidad, y en honor suyo se ha celebrado una serie de actos que eran, al mismo tiempo que un testimonio de simpatía a nuestros amigos, una demostración ferviente del profundo vínculo espiritual entre España y Filipinas. Todos los medios periodísticos, todos los diarios de las Islas han rendido a los hermanos Pastor elogios entusiásticos. Nuestros compañeros han regresado a España con material abundante para la preparación del citado número extraordinario, que tenemos en preparación y que publicaremos cuando hayan pasado las actuales circunstancias. MÚNDO GRAFICO agradece desde sus columnas efusivamente esa acogida que en las Islas Filipinas se ha tributado a Julio y Enrique Pastor.



En los frentes de combate

Arriba: Dos milicianos con las mantas y las caretas contra gases asfixiantes cogidas a los Regulares de Africa en una de las últimas acciones en el frente de Talavera

Abajo: Tras la ventana de una casa, milicianos y guardias de Asalto hacen fuego contra las concentraciones rebeldes en el sector de Huesca

(Fots. Albero y Segovia y Torrents)



La Alameda de Osuna va a ser para los niños



Mientras llegan los niños que han de poblar la Alameda, estas muchachas, que van a ser las profesoras, cuidan de la granja.—Abajo: El lago maravilloso, lleno de cisnes que esperan a los niños

LA Alameda de Osuna va a ser para los niños. Aquellas magníficas avenidas, tras de las que se van los ojos de los viajeros que recorren el páramo que separa Madrid de Alcalá, se va a convertir en un parque infantil como no habrá otro en el mundo.

—Aspiro—me dice el doctor Planelles, quien, en nombre del Socorro Rojo, va a llevar a cabo la magnífica tarea—a que como esto no lo haya en ninguna parte. Será mejor que las fundaciones de este tipo que hay en Rusia, mejor que las americanas, mejor que todo, porque recogeremos las experiencias de ellos y porque tenemos la materia prima, que es esta finca maravillosa.

La Alameda de Osuna es una finca que tiene ciento veinte hectáreas de extensión perfectamente cultivadas. Hay árboles enormes que brindan sombra fresca y que forman espléndidas avenidas. Hay huerta rica, bien regada; varios estanques, con pececillos rojos, y un gran lago lleno de cisnes. Hay establos con vacas, terneras, cerditos, cabras... Y hay un corral lleno de gallinas. Hay, por fin, en medio de todo esto, un palacio con escalinatas románticas que bajan al jardín. Todo lo que puede haber en el mundo de grato y útil está también encerrado en este pequeño mundo que es la Alameda de Osuna. El doctor Planelles cree, con razón, que los niños aquí serán completamente felices. Verán ustedes.

—Esto—sigue diciéndome el doctor—no va a ser un orfanato, ni va a ser una guardería. Esto va a ser, de momento, un parque infantil y hogar escuela, donde pienso recoger a los hijos de los héroes. Aquí vendrán aquellos chiquillos hijos de los luchadores; ya será ésta una buena selección. Además, se les someterá a un reconocimiento, y sólo se admitirá a los

chicos fuertes o cuyos organismos sean susceptibles de fortificarse con el régimen que aquí seguirán. Haremos para ellos un gran edificio de nueva planta.

—Pero... ¿y el palacio?

—Estos palacios antiguos no reúnen las condiciones que a nosotros nos hacen falta. Este le dejaremos para Administración, oficinas. Y en sus salones podrán los chicos tener un club, con biblioteca y sala de recreo, para pasar entretenidos las veladas de invierno. El edificio nuevo ya ha comenzado; lo dirigen cuatro formidables arquitectos. Los dormitorios serán capaces para ocho niños solamente, con el fin de que estos ocho niños, que tendrán también su comedor y sus cuartos de aseo, vivan como una familia. Cada cuatro grupos de ocho formarán una sección, con sus profesores. Se establecerá también una Escuela de Orientación Profesional, y a cada chico se le especializará en aquello para lo que se observe que está mejor dispuesto. Aquí habrá talleres para aprender oficios, aquí podrán trabajar la tierra, cuidar al ganado y, sobre todo, estudiar. Tendremos

desde clase de párvulos hasta una pequeña Universidad.

—¿Y cuántos niños van a gozar de este paraíso?

—Muchos. De momento, y en cuanto esté terminado el edificio (que lo estará muy pronto), cabrán más de mil. Y después, ya veremos. Los gastos principales igual hay que hacerlos siendo los niños muchos que pocos.

—Esto costará muchísimo dinero.

—De momento, para ponerlo en marcha, hay presupuestados doce millones. Pero el dinero se encontrará. El Socorro Rojo encuentra dinero siempre. El público jamás se nos ha negado. ¿Por qué va a negarse ahora? Admitimos donativos de todo género: de trabajo, de dinero... El que no pueda dar una cantidad grande de una vez, puede suscribirse a nuestra obra con una pequeña cantidad mensual, o semanal, o como quiera. Ya estamos repartiendo boletines de suscripción para llevar a cabo nuestra gran obra. Como son muchos los niños a quien hay que atender y es muy urgente la necesidad, estamos preparando el

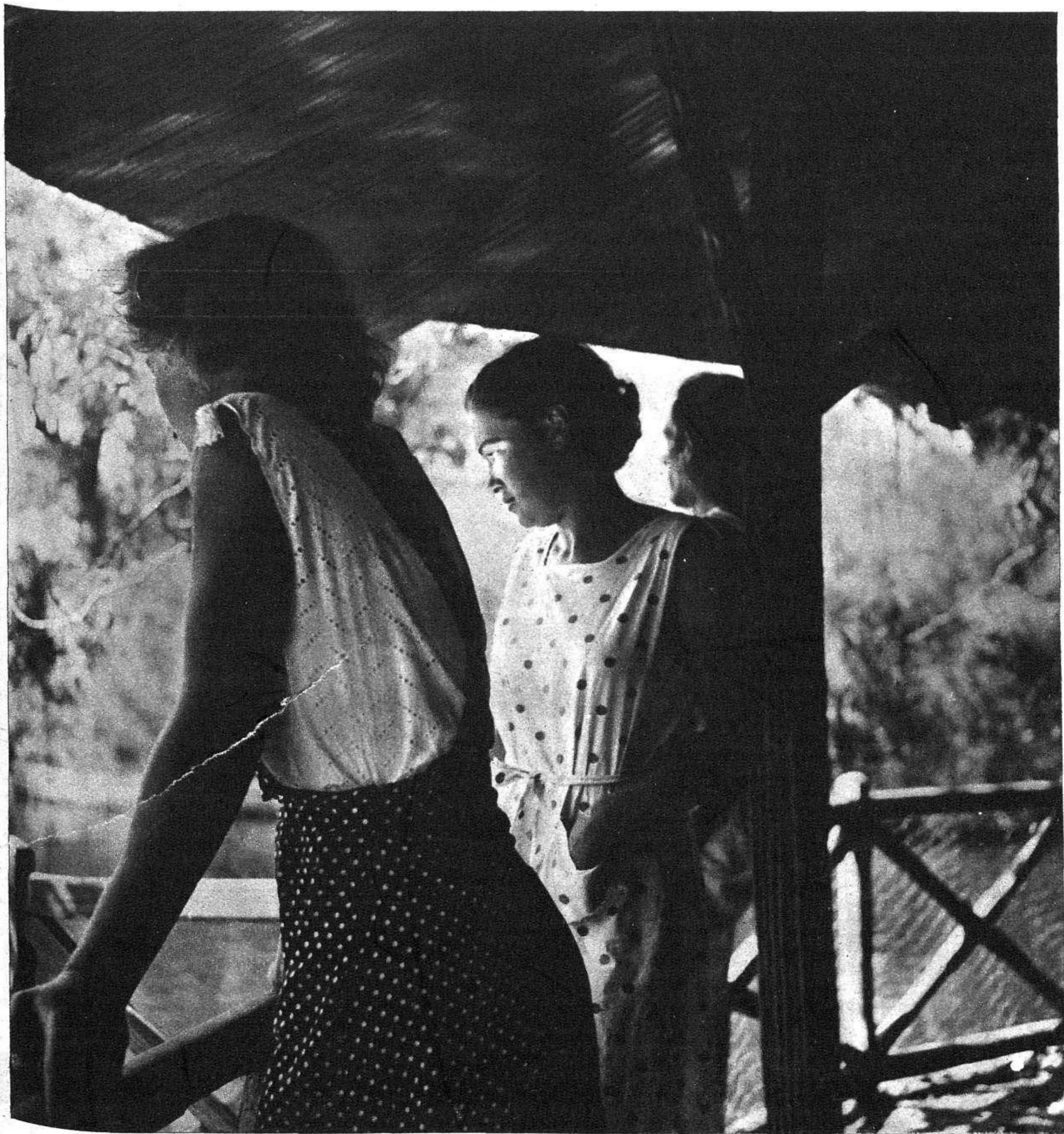
palacio para alojar en él a cincuenta o sesenta niños, que estarán aquí mientras se termina el edificio nuevo.

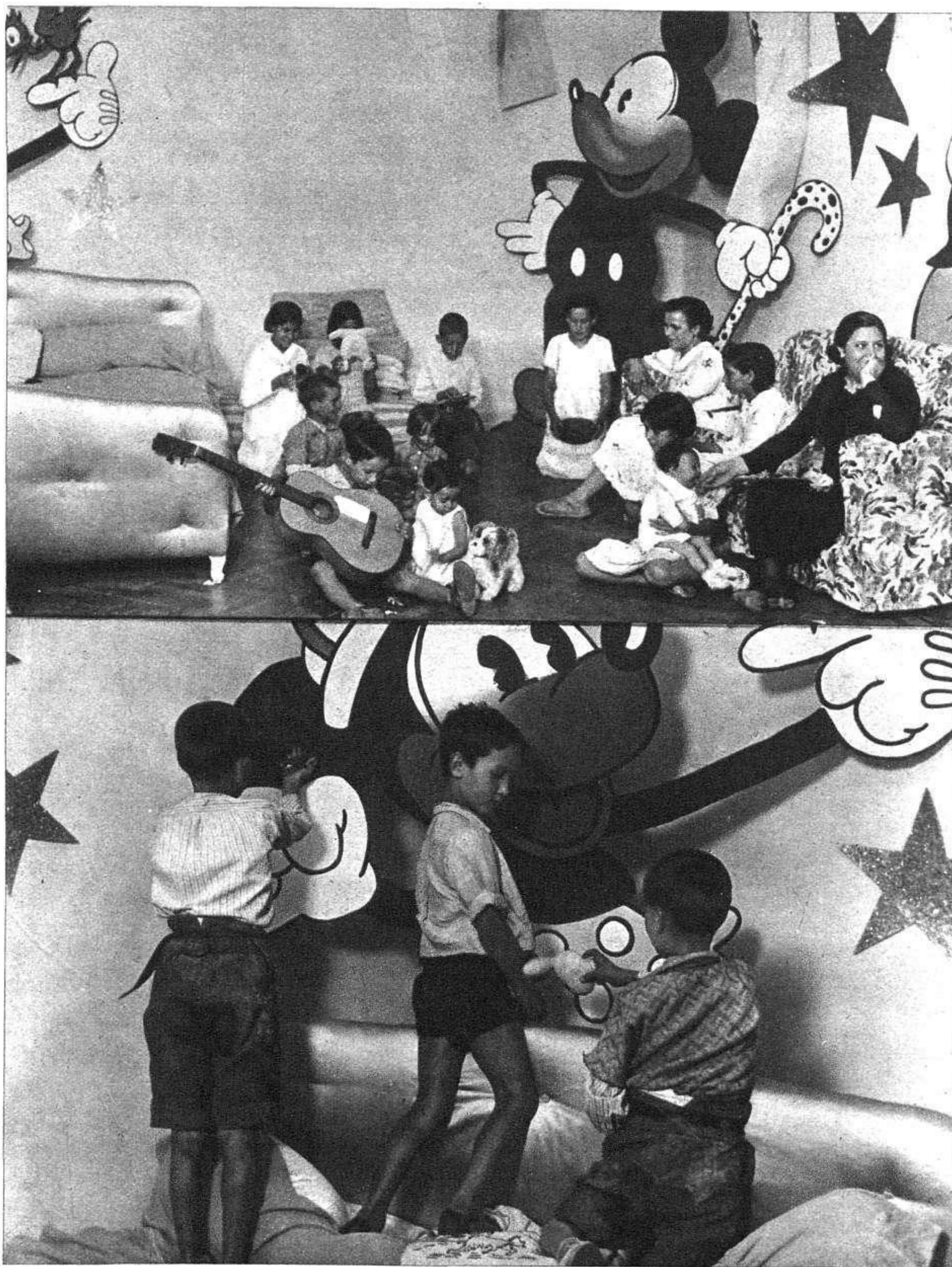
Ahora recorremos la finca. Unas muchachas que llevan ya aquí trabajando muchos días nos acompañan a verlo todo, juntamente con los milicianos que hacen la guardia. Vamos primero a ver los cimientos del nuevo edificio que se va a levantar en uno de los lugares más bonitos de la finca. Después me llevan al lago, a ver los cisnes, y, por último, al establo, porque es la hora de dar de comer a los cerdos y a las gallinas.

A la salida, me sorprende, brusca y desagradablemente, el ruido de nuestros potentes aparatos de caza, que vigilan el aeródromo de Barajas. Los planes del doctor, la fresca sombra de la Alameda y la comida de las gallinas habían hecho que me olvidara de la guerra.

JOSEFINA CARABIAS

Las profesoras contemplando el lago





Los que huyen del dolor de la gue- rra

Los chiquillos que vivieron la tragedia de las horas erizadas de peligro juegan hoy alegremente en las estancias de una casa aristocrática, incautada por la C. N. T. para acoger a los evadidos de la guerra

El recuerdo sombrío de los aviones que sembraban la muerte

DESDE hace muchos días se ven en las calles de Madrid hombres y mujeres de traza campesina, que caminan lentamente, con un gesto absorto de estupor en el rostro curtido. Miran a uno y otro lado curiosamente, y hay en esa expresión suya un no sé qué de asombro y de timidez, de encogimiento y de temor al mismo tiempo.

Son los refugiados. Sobre sus pueblos empezó a caer la metralla, y huyeron. Unos lograron hacerlo todavía en tren, y otros, en camiones. Hubo familias que pudieron hacerlo en caballerías, y las hubo que tuvieron que emprender la caminata a pie, porque el peligro no permitía

esperas. Algunos vinieron directamente a Madrid. Otros marcharon al pueblo más cercano del suyo, para tener que seguir después a otros lugares más apartados de la línea de fuego, hasta que pudieron ser recogidos y traídos a Madrid. Toda una serie de éxodos tristes, de huídos a través de campos y montes, bajo el sol y en la noche. Viejos, mujeres, niños, que tenían que dejar allá, junto al peligro, a los hombres, en los pobres hogares, de los que nada habían podido salvar.

Hay ahora en Madrid varios miles de fugitivos de aquellas provincias. De sus rostros parece no haberse ido todavía la expresión de

duelo y de espanto ante las primeras bombas.

Estos días últimos se ha visto a muchos de estos fugitivos en las calles inmediatas a las estaciones del Mediodía y de las Delicias. Salían del tren con un gesto atemorizado, y pronto se veían rodeados de la gente del pueblo. Allí, muy cerca de las dos estaciones, está el Ateneo Libertario de las Delicias, que se ha encargado del alojamiento de estos fugitivos en algunos de los lugares incautados: la iglesia de las Angustias, en aquella barriada, y unos pisos en la que era hasta hace poco calle de Alcalá Zamora. Familias enteras de pueblos extremeños y toledanos están refu-



Fugitivos de Extremadura y de Toledo en las estancias de una de sus residencias de Madrid

(Fots. Piortiz)

giadas allí. Hay, por ejemplo, una familia formada por el matrimonio y por catorce hijos.

En los hombres, en las mujeres—en estas viejecitas que nunca habían salido de su pueblo—vive aún, como una pesadilla sombría, el recuerdo de las horas de guerra vividas en los días que precedieron a la partida. Pero los chiquillos—rostros curtidos y expresión alegre—juegan y juegan, como si no hubiese nada capaz de sacarles de su pequeño mundo maravilloso. Mientras las madres suspiran, mientras hay un hosco silencio en el rostro ceñudo de los hombres, los chavales corretean por el suelo o se suben a un gigantesco Mickey que hay en el salón de juguetes de uno de estos pisos incautados.

He aquí tres chavales. Ojos grandes, vivos y un poco tristes, en el rostro moreno. Cuentan que desde su pueblo, en los primeros bombardeos, tuvieron que marchar con la madre.

Y así, de sitio en sitio, hasta que unos camiones de Milicias les recogieron y trajeron a Madrid.

En las bocas de todos estos refugiados es idéntica la lamentación: los familiares que quedaron allá, el hogar deshecho, la vaca perdida, el cacho de tierra destrozado, el horizonte incierto...

—¿Qué será de mi marido? Quedó allá y no es vuelto a saber nada de él.

Entre sus recuerdos de la guerra, uno, sobre todo, domina la imaginación de estos fugitivos: el de los aviones, el de las bombas cayendo en trágica siembra de muerte.

—Yo vine en el último tren, aquel día tres... Los milicianos nos dijeron que viniésemos las mujeres, los niños y los viejos, y que se quedaran los hombres, porque podían ser útiles. Aquella última noche nuestra allí bombardearon... Traían en los aviones unos reflectores que parecía talmente de día. Se orientaron y bombardearon el aeródromo. Y ya desde entonces no pararon. Después de echar las bombas, los aviones bajaban mucho, y con las ametralladoras disparaban muy cerca sobre

las Milicias. Fué milagroso que nos salvásemos.

Y este recuerdo dramático de los aviones es el mismo en todas estas mujeres. Si no fuera por los familiares que aun quedaron allá, para ellas las horas vividas serían como un mal sueño, nada más. Pero pasan los días y no saben nada de los padres, de los maridos, de los hermanos que quedaron en los pueblos.

Ahora, por las calles de Madrid, se ve desfilar lentamente a estas mujeres y estos hombres huídos del horror de la guerra. En sus rostros callados y absortos parece palpar todavía el

recuerdo de aquellas horas vividas, cuando la metralla se hacía surco de muerte sobre los campos de Toledo.

J. M. A.

VISADO POR LA CENSURA



La hora de la comida: los milicianos de la C. N. T. hacen el reparto entre las mujeres y los chiquillos que han huído del horror de la guerra en los pueblos toledanos

El escultor ciego

Relato de guerra

La entrada en la obscuridad

JAKOB Schmidt no murió en la guerra. La ha vivido y la ha visto. Hasta que un día de verano, lleno del azul del cielo, del verde de las praderas, de clara luz del sol y sangre roja de los heridos, sus ojos cayeron en una impenetrable negrura. Trozos de bomba hirieron su cráneo, lastimando los nervios visuales.

Schmidt perdió el conocimiento, y no se dio cuenta de lo ocurrido hasta mucho después. Cuando recobró la conciencia y quiso mirar a su alrededor, no vio nada. Levantó la mano para frotarse los ojos; pero alguien se lo impidió suavemente, y una voz de mujer sonó cercana:

—¡No toque la venda!

Entonces, Jakob Schmidt preguntó:

—Es que estoy herido, ¿verdad? ¿Es grave?

Y la misma voz, endurecida monótonamente por la práctica de consuelos inútiles, se hizo algo trémula:

—No creo. Pero estese tranquilo y espere hasta que venga el doctor.

Un presentimiento trágico recorrió su pensamiento. Pero Jakob Schmidt era joven y había leído muchos libros patrióticos. Por eso, cuando vino el médico y dijo: «Joven, mire usted; hay que tener valor», el muchacho, en vez de gritar su *j'accuse* por una juventud perdida, por una futura vida miserable y por la juventud y la futura vida de toda su generación, interrumpió, apretando los dientes:

—¡No termine usted! ¡Ya lo sé! ¡Seré ciego!

Y pensó:

—Es por la Patria. Por *mi* Patria.

La vuelta a la vida

Jakob Schmidt entró a obscuras en su vida de hombre. Iba a atravesarla apoyado en su bastón blanco, triste lazarillo de ciegos. Vivía de la modesta pensión con que la Patria creía pagarle su vista perdida. Con el tiempo se casó, y comenzó a pensar en alguna ocupación.

Pocos caminos se abren delante de un ciego. De estos pocos, ninguno le atraía. No quería hacer cestas. Ni cuadros entretegidos con destino a fotografías que él no podría contemplar. Y cada vez más penetraba en sí mismo; se concentraba y desarrollaba sus sentidos de vista interior.

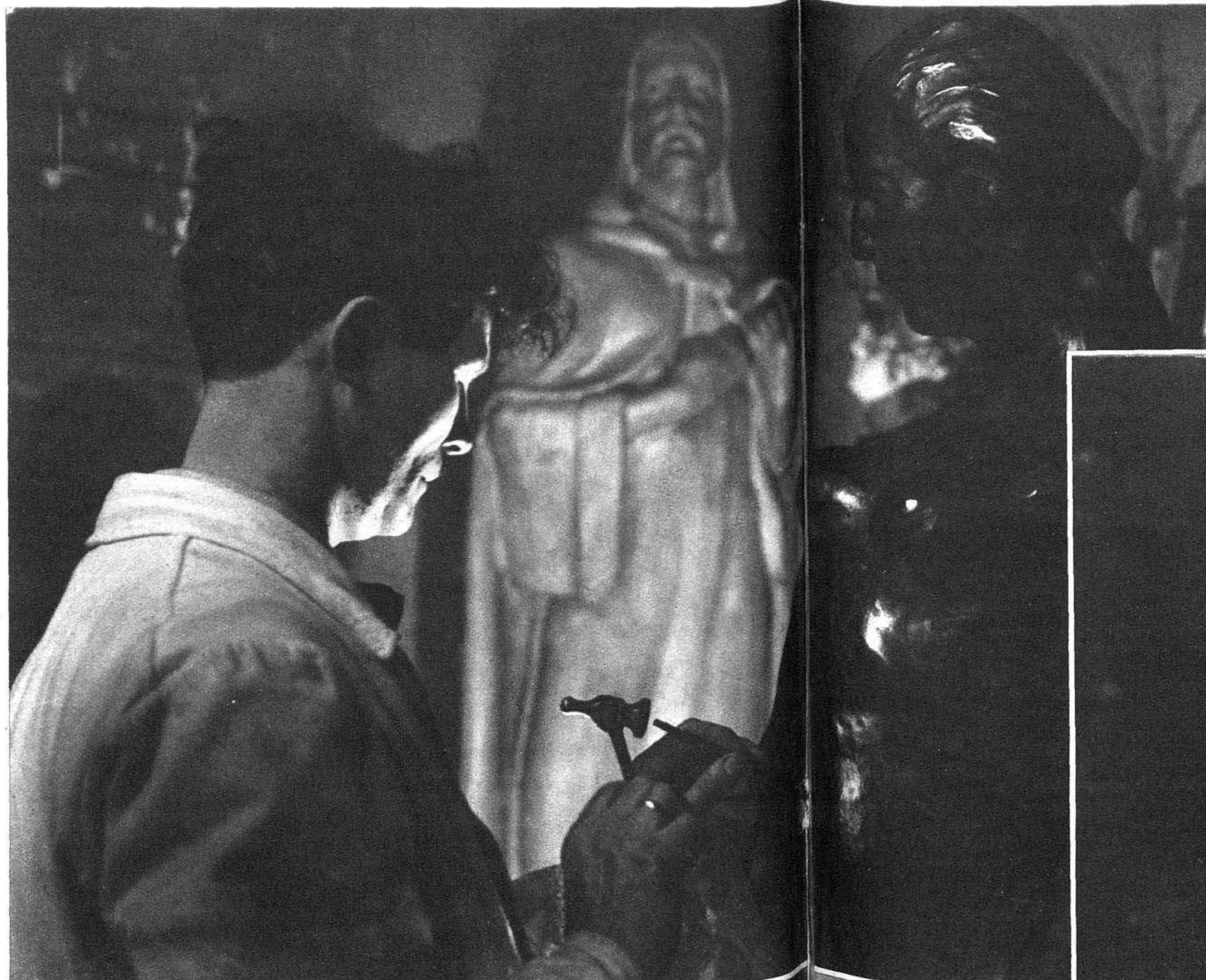
Con los ojos de su imaginación y memoria veía las cosas más claramente aún que los demás mortales. Se hizo muy piadoso. Su sentimiento le impulsó a expresarlo por medio de formas. Así nació su arte.

Sus dedos, palpitantes de impulso interior, comenzaron a transformar trozos de madera, de barro, en santos y ángeles, tal como él los recordaba de las representaciones de su niñez, tamizadas por sus concepciones de ciego religioso.

Las figuras lograban perfección. La gente, el público, se enteró de la existencia de un escultor ciego, y algunos conocedores y muchos *snobs* comenzaron a comprar sus obras, mientras los periódicos patriotas se llenaban de artículos sobre la adaptación de los mutilados en las guerras.

Así se hizo célebre Jakob Schmidt. Sus esculturas lograban alta cotización, y pronto igle-

Arriba, a la derecha: El escultor ciego trabajando. Abajo: «Niño jugando con un pato», obra de dicho escultor



sias y otros lugares públicos se honraban con obras del gran patriota alemán.

La obra

Asombra en un escultor ciego el formidable sentido del movimiento, de proporciones que imprime a sus figuras; su conocimiento de la anatomía humana. Tanto si nos fijamos en su Eva, verdadera madre del género humano, con su vientre ancho, pechos sensuales y tranquilidad difundida en rostro y figura, como si miramos su Adán—en posición nerviosa y viril—, o el tranquilo y divino monumentalismo de su magnífico Cristo, tendremos que admirar el instinto creador y la imaginación del artista.

Pero hay, a pesar de todo, algo que en nosotros despierta un asombro negativo. Jakob

Schmidt vivió una vida grave y difícil; su mentalidad maduró después de muchos sufrimientos físicos y psíquicos; él mismo, como hombre—ya no chiquillo patriota—, pudo conocer los peligros de un nacionalismo exacerbado, las partes falsas de sus ingenuos ideales, los monstruosos resultados de la lucha entre los pueblos. Pero la ceguera, que no le impidió apoderarse de las formas en plena posesión mental, sí le obstaculizaba la comprensión y aclaración de las actividades relacionadas con las ideas vivas.

Su última obra, el precioso niño que juega con un pato, obra alegre, ingenua, agradable, la ha dedicado Jakob Schmidt a... Adolfo Hitler.

CLEMENTE MARTIN

Abajo: El escultor ciego ante su reciente obra «Jesús» (Fots. Sawa)



De "Boca- negra" a Do- mingo Ortega

Historia y anécdotas de la vie- ja Plaza de Toros madrileña que acaba de des- aparecer



Estas dos fotografías fueron obtenidas cuando la antigua Plaza de Toros madrileña se hallaba a medio derruir. En el ruedo yacen los esqueletos de las gradas. De la enfermería sólo queda un montón de escombros

(Fots. Domínguez Ramos)

Responso

YA está convertida en polvo la vieja Plaza de Toros de Madrid. Ha muerto, después de rápida enfermedad, a los sesenta y un años de edad.

Unos hombres que no entienden de sentimentalismos han escrito, durante dos meses, un R. I. P. definitivo con las piquetas sobre el tambor rubio de la arena. Dentro de poco sólo quedará el recuerdo de la pandereta airosa y bullanguera que durante tantos años clavó su círculo puro sobre la amarillez de la tierra castellana. El sonar de los picos destructores tiene ahora, por virtud de una decisión oficial, un eco de tumba profanada entre los viejos tendidos que sirvieron de trono vociferante y definidor a esos júpiteres con sombrero ancho y puro gordo y ensortijado que son los viejos califas de la afición.

Lágrimas de tópico y evocaciones de faenas

inolvidables acompañan a la caída de cada ladrillo. Y las sombras de *Lagartijo* y *Frascueto*, de *Chicorro* y *Bocanegra*, de *Granero* y *Jose-lito*, pasearán su dolor de fantasmas, escoltados por ángeles banderilleros y arcángeles rejoneadores sobre el terreno en que tantas veces lucieron la gloria marchosa del paseíllo.

Como en las tragedias griegas, habrá un coro plañidero al fondo. Un coro formado por todos los que hablan, discuten y teorizan en la calle de Sevilla, que ya han encontrado una faena de la que hablar mal.

Porque esa «faenita» de la Diputación...

En los Caños de Alcalá

Junto a la Puerta de Alcalá se alzó durante ciento diez y siete años una placita de toros que mandó levantar a sus expensas el rey Fernando VII. A pesar de que aun no se había prescindido de la Plaza Mayor para la celebración de

los espectáculos taurinos, el ruedo de los Caños de Alcalá resultaba insuficiente para la cantidad de aficionados que acudían a ella los días de corrida.

Además, como si sobre ella pesara una maldición, había muerto sobre su arena la flor y nata de la torería española. Lucas y Castellanos, los dos grandes pintores de aquella época, han dejado en el lienzo para siempre la traza de aquel coso de «muros enjalbegados y tablonnes pintados de almazarrón».

Sobre la pandereta de aquel circo encontró un responso doliente de romance popular, *Pepe-Hillo*, muerto el 11 de Mayo de 1801, de una terrible cornada de *Barbudo*, un toro de la ganadería de Peñaranda de Bracamonte. También *el Cano* y *Pepete*, entre otros diestros famosos, encontraron la muerte en aquel circo.

Sobre el ruedo de los Caños de Alcalá parecía pesar una maldición, y el día 16 de Agosto de 1874 el arrastre de un toro de la ganadería del



Las galerías del piso bajo y el abovedado que había bajo las mismas

duque de Veragua, llamado *Miranda*, berrendo en negro y bien armado, puso una rúbrica de clausura en la vieja Plaza de Toros mandada edificar por *el Narizotas*.

Levitines, mantillas y abanicos

Diez y nueve días llevaba cerrada la plaza de la Puerta de Alcalá cuando se inauguró la que acaba de desaparecer. Fué el día 4 de Septiembre de 1874 un día espléndido, en los umbrales del otoño, en el que el sol se vistió de fiesta y bajó a la plaza para no perder un detalle de las faenas. Ardía en animación la calle de Alcalá, llena de calesas abarrotadas de levitines, de mantillas y de mantones de Manila, y una brisa suave de abanicos mecía en el aire el tintín de los cascabeles de los caballos enjaezados, y el grito plural de los pregones anunciando el paso del vendedor de naranjas o el agua de la Fuente del Berro.

Un día así, como aquel de la inauguración, ha quedado plasmado con tintas de posteridad en un lienzo de Alarcón.

Si ojeáis las reseñas de aquella corrida inaugural, encontraréis datos tan interesantes como éstos.

Presidió la fiesta el entonces alcalde mayor de la villa, marqués de Sardoal. La corrida fué de diez toros y resultó aburridísima. Tomaron parte en ella ocho matadores: *Bocanegra*, *Lagartijo*, *Currito*, *Frascuero*, *Villaverde*, *Chicorro*, *Valdemoro* y José Machío.

Un toro de la ganadería del duque de Veragua cerró la plaza vieja, y otro de la misma ganadería abrió la nueva. Fué un toro bravísimo, bien puesto de defensas, capirote y de pelo berrendo en negro. Se llamaba *Toruno* y murió a manos de *Bocanegra*.

Todavía andaba, no hace mucho, por las paredes de un colmado de Sevilla la cabeza de aquel toro bravísimo que estuvo a punto de segar la vida de *Frascuero*.



Los corrales y los mataderos
(Fots. Domínguez Ramos)

Y la paz

Después, toda la historia de la plaza está llena de anécdotas ilustres, como correspondía al primer circo taurino de la nación. Las faenas más inolvidables, esas faenas que los viejos aficionados recuerdan con lágrimas en los ojos, llenaron de palmas triunfales las tardes de sus días.

Hasta que vino la piqueta oficial y echó abajo la graciosa fábrica de ladrillos que edificaron los arquitectos Lorenzo Alvarez Capra y Emilio Rodríguez Ayuso, para la ardorosa diversión de 13.013 espectadores, con los ojos cla-

vados en la circunferencia de 60 metros de la arena.

El 17 de Junio de 1931 se inauguró la Plaza Monumental de Ventas. Desde entonces, la otra vió cómo poco a poco se apagaba su brillo, hasta extinguirse por completo.

Ya apenas queda de ella un montoncito de ladrillos en pie. ¡Buen muro de las lamentaciones para el sollozo de los viejos aficionados!

—La tarde que murió aquí *el Espartero*...

—La tarde que Granero murió aquí...

Páginas de la mujer



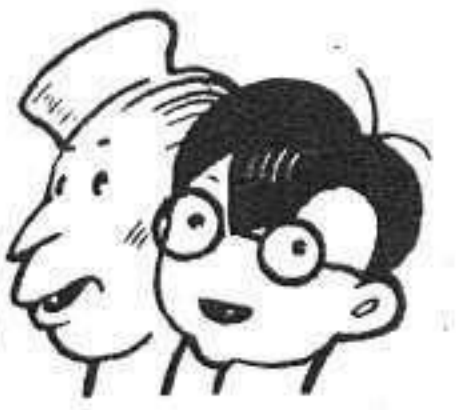
Para los días de otoño

Trajecito muy sencillo y elegante. Se hace en la-
nita «beige». Blusa, som-
brero y guantes marrón



Hay, evidentemente, una moda nacida en el cine, vista en esos modelos que las estrellas lucen en las películas. Este modelo, por ejemplo, de Dolores del Río será visto con indudable admiración por nuestras lectoras

LA VUELTA AL MUNDO de COLAS Y BARULLO

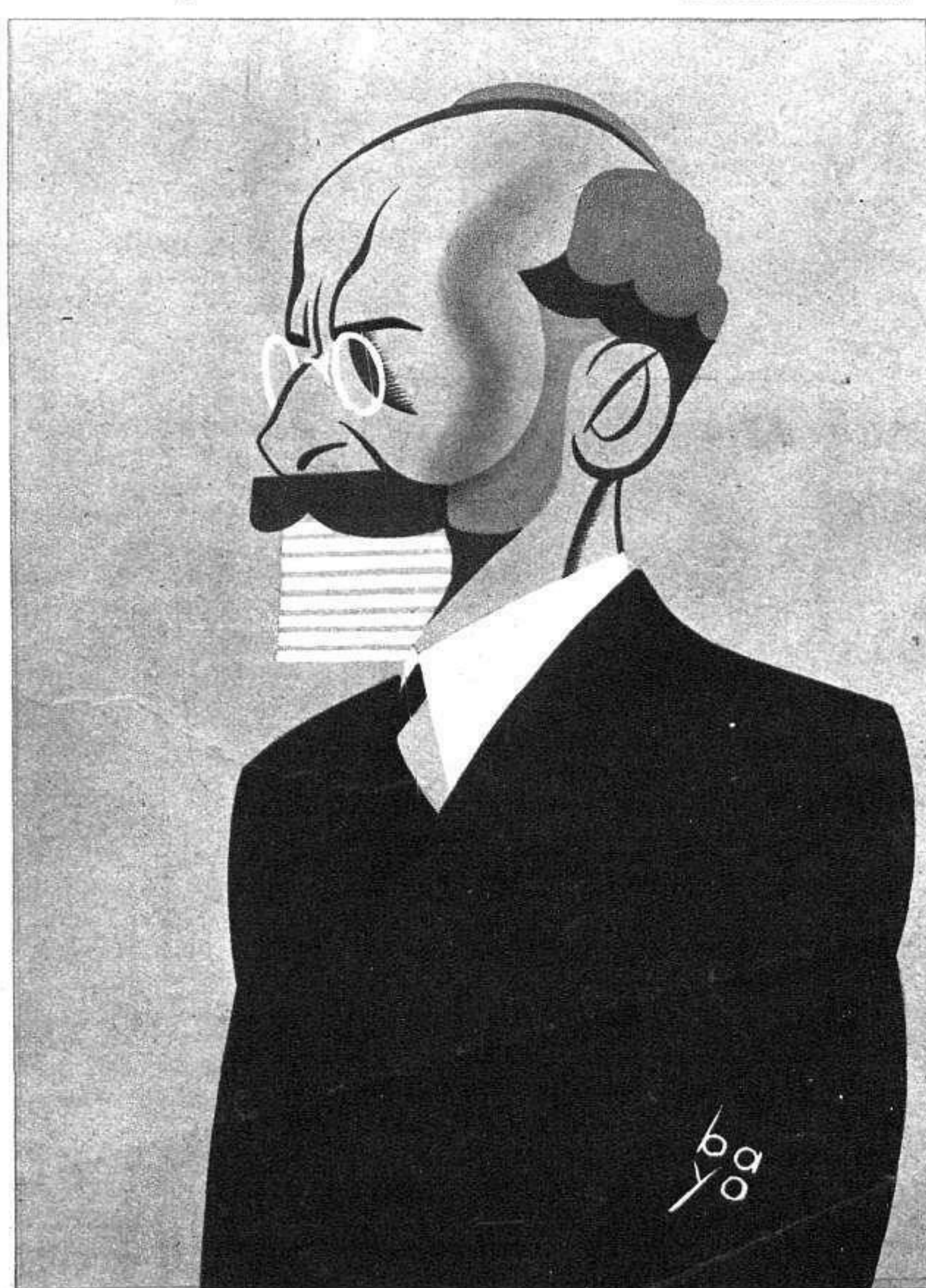




Figuras del momento

Arriba, a la izquierda: Don Angel Ossorio y Gallardo, que forma parte de la Delegación española en la Sociedad de Naciones.—Arriba, a la derecha: Don Fernando de los Ríos, que también figura en la citada Delegación.—Abajo, a la izquierda: Pablo Picasso, nombrado director del Museo del Prado.—Abajo, a la derecha: Don Ramón Menéndez Pidal, designado presidente del Consejo Nacional de Cultura

(Caricaturas de Bayo)



Relato de un evadido



En Sevilla, con los suble- vados fas- cistas

III

De San Julián al Pumarejo

EN la noche restallan los zumbidos de los fusiles, que se entrelazan con el isócrono tac-tac de las ametralladoras. Noches de faroles rojos en el alma de la ciudad, que tiembla de espanto bajo los pliegues de las chilabas morunas que en esas horas vengaban rencores atávicos de opresiones en quienes siempre defendieron la autodeterminación de los pueblos.

Las llamaradas de los incendios cantaban un himno guerrero, y en los corazones proletarios saltaba, en la comba de los deseos, el fervor entusiasta, el anhelo unánime de aplastar al fascismo. Todos, comunistas, socialistas, anarquistas, masones, republicanos, estábamos unidos en fraterna cordialidad. Todos, absolutamente todos, querían un fusil. Hubo en la Macarena muchos jóvenes que, sin cuidarse de las balas, irrumpieron en el frente enemigo, apoderándose de los armamentos de los rebeldes.

Regresaban a las barricadas con los trofeos bélicos y con sonrisas ingenuas de héroes anónimos.

Triana, en su defensa, fué heroica; pero ante el Pumarejo, sus aristas se embastecen e insignifican.

El 23 de Julio, los facciosos emplazaron cañones bajo el arco de la Macarena, enfilando la calle de San Luis. Fueron atacados ruda e inopinadamente, con eficacia, dificultándoles el acierto en el blanco. Con estrépito, las casas viejas se derrumbaban al explotar de los obuses, y las carcomidas maderas crepitaban en fuego.

Se construyeron varias líneas de barricadas. Dos, tres, cuatro, muchas, de diez en diez metros; tantas como podían. Los legionarios, Guardia civil y Regulares se lanzaron sobre las primeras con bombas de mano, y desde las otras se les hizo frente. Los pardos uniformes, los negros tricorrios, en el pavimento, se trenzaban con cintas de sangre.

Vanos fueron todos sus intentos. No avanzaban ni un paso. Las improvisadas fortificaciones eran inexpugnables. Los autos blindados, con ametralladoras, desplegaban su actividad. Desde los balcones y azoteas se les disparaba, y más de una vez se retiraron.

La treta de los caballos

Como nada obtenían, discurrieron nuevos procedimientos. Ni granadas de mano, ni obuses de cañón, ni ametralladoras y blindados arredraron a los bravos luchadores marxistas y anarquistas. Nada empavorecía a los defensores de la libertad, que, sin esperanzas de auxilios externos, jalonaban las horas con sus proezas heroicas. El proletariado industrial de la gran ciudad demostraba su enorme capacidad revolucionaria, no en soberbios discursos, sino en la realidad palpitante y viva de los hechos.

Las fuerzas de Caballería, en cada intento, eran repelidas con innúmeras bajas. Los finos potros andaluces caían con sus jinetes al lado de los parapetos. De repente, quince, veinte, muchos nobles animales fueron aliviados de la carga de sus caballeros. En reata, fueron brutalmente aguijoneados, y en loca y desenfrenada carrera se precipitaron sobre las defensas, que, sorprendidas por el ciego ímpetu de los equinos maltratados, se aplastaron junto a la improvisada muralla defensiva. Algunos potros, de relucientes crines, belfo espumeante, cola agitada y carnes temblorosas, se estrellaron en los adoquines de las barricadas con furia. Otros, en ágil impulso, saltaron los obstáculos y fueron recogidos por los nuestros, que les cuidaron con el celo que merecían. El propósito de romper nuestras líneas quedó frustrado.

Cómo se quebrantó la resistencia

Todas sus argucias guerreras, toda su estrategia bélica, habíanse hundido. Nada alcanzaban. En la amanecida del 24 de Julio arreciaba el fuego enemigo bajo el cielo azul y blanco de la hora. Nuestros bravos camaradas ahorriban, con deleites de avaros, las municiones, y cada respuesta era un objetivo práctico: un sublevado en tierra.

La táctica de los leales, la resistencia numantina, les ocasionaba pérdidas, y fué de Queipo de quien surgió la idea que les proporcionó la victoria.

Recorrieron barrios obreros en recluta de mujeres y niños. Pronto reunieron bastantes. De improviso, el parapeto móvil de seres queridos de los trabajadores avanzaba, y, resguardados en él, los mercenarios de la Legión y los

«aguerridos» Regulares, con su secuela de cloróticos fascistas. Los leales se sobrecogieron de estupor. En la guerra, todo estupor es derrota, y de este estado de conciencia sorprendida se beneficiaron los facciosos. En total afasia, los fusiles amigos callaban, mientras los rebeldes, tras las inocentes compañeras e hijos de nuestros camaradas, disparaban con odio.

Se abandonaron los parapetos, y cada uno, lo más ordenadamente que pudo, procuró salvarse de la incontenencia y furia enemiga. Sin obstáculos, los legionarios y mahometanos, con los fusiles en alto, las bayonetas caladas, asaltaron las posiciones. Entonces su terrible furia se desencadenó. Violentaban las casas, destrozaban mobiliarios, y donde tropezaban con trabajadores—hombres o mujeres—la bayoneta homicida truncaba las vidas restallantes de entusiasmos y llenaba las calles de sangre obrera. Destruía todo lo que significaba para nosotros fuerza y adhesión.

Hacia los pueblos

Con el día agonizó la heroica resistencia del pueblo de Sevilla. Sólo quedaba, como efectivo en la lucha, el recurso de «paquear» desde azoteas y ventanas al amparo de las sombras nocturnas. Las guitarras andaluzas quebraron sus bordones por el pespuntear de las pistolas, y el cante jondo que arpegiaban las gargantas se hizo brioso himno de temeridades y bravuras de los proletarios que, en la atardecida, se dirigían a los pueblos cercanos, henchidos de fervores por la causa de la democracia, de la libertad, de la emancipación de los eternos esclavos.

En los pueblos se organizó la defensa para, al menos, entretener a los sublevados e imposibilitar su avance hacia Extremadura. En los pueblos se carecía de pertrechos para hacer frente a la potencia armada del fascismo. Comprendimos entonces que ya no había sublevación, que ésta fué vencida y arrollada; pero que había surgido la guerra civil, mejor dicho, que la lucha de clases, sorda y amenazante desde Abril del 31—aquel Abril verbenero de la República que recibimos con alegría de chiquillos y nos aprovechamos con inteligencia de hombres—, estaba sobre los campos de España en pie y se hacía preciso encauzarla para posibilitar la victoria.

ANTONIO SALGADO



Ha desaparecido de las calles de Madrid aquel mendigo que ninguna medida de la autoridad había podido arrancar de la vida ciudadana...
(Fot. Torrents)

Ejemplos de la retaguardia

EL MILICIANO HA HECHO DESAPARECER AL MENDIGO PROFESIONAL

MADRID era el paraíso de la pobretería profesional, el Eldorado de la picaresca mendicante. Lacra de la ciudad que ni ordenamientos, ni sanciones podían curar. Era imposible discurrir por ningún sitio público sin ser asaltado por una legión postulante: exhibidores de miserias físicas más o menos auténticas, bigardos oradores, tullidos, falsos obreros en paro. Todo un mundo que hacía de la necesidad industria, y que tenía estrechamente montado el asedio sentimental del transeúnte.

Era también toda una organización irreductible, un comercio de gran auge, con sus profesores, sus pícaros, sus agentes reclutadores de niños, sus contratistas de la miseria y sus inventores de «trucos».

Parecía lógico que la guerra, con sus naturales dificultades económicas, acentuase esas manifestaciones de la necesidad mendicante.

Y, sin embargo, la guerra, ~~ha~~ ha servido de fulminante cauterio a esa llaga secular de la mendicidad madrileña.

Virtualmente, el mendigo ha desaparecido de nuestras calles, de nuestras terrazas, de las bocas del Metro, de los mercados y las esquinas. Se ha acabado aquel asedio vergonzoso y terco, que los extranjeros subrayaban como una pincelada de triste pintoresquismo español.

Contra esa plaga de la mendicidad callejera se estrellaron siempre los mejores propósitos: ni bandos de las autoridades, ni recogidas policíacas pudieron con ella. Se recurrió a todo: desde la admonición oficial al vecindario prohibiéndole dar limosnas, a la exportación de los pordioseros a sus pueblos de origen o su reclusión en asilos o colonias. Todo inútil. El mendigo se filtraba fácilmente por las mallas de los ordenamientos, se escapaba de la Policía, regresaba otra vez de su exilio, promovía conflictos en los forzosos refugios. Y poco después de una larga campaña y una tenaz batida, la es-

puma de picardía y miseria que significaba la mendicidad profesional decoraba otra vez tristemente las calles madrileñas.

¿Qué se ha hecho ahora de ese mundo pintoresco y claudicante, y muchas veces repulsivo, que ofendía con su bigardeo exhibicionista el decoro de la capital de la República?

La guerra lo ha barrido. El espíritu revolucionario lo ha hecho desaparecer. Y para ello no se han necesitado bandos solemnes, ni batidas espectaculares, ni gestión de la Policía, por otra parte, ocupada en misiones de más importancia.

Y, sin embargo, el hecho es cierto. Parece haberse tragado la tierra a la legión infinita de postulantes profesionales, típicos especuladores de la miseria.

La guerra ha hecho el milagro de acabar con lo que convertía a Madrid en clásica «Corte de los milagros».

La aparición del miliciano ha coincidido con el ocaso de la pobretería profesional.

El miliciano no sólo ha aportado a la calle su ímpetu luchador y su improvisada prestancia guerrera. Ha aportado también un espíritu de reivindicación y de justicia social. Ha sido el pueblo el que ha acabado espontánea y radicalmente con esa lacra del pueblo.

Cada miliciano, cuando ha ido en patrulla de vigilancia o camino de su cuartel, se ha convertido, por propio impulso, en un agente de higienización social.

En las esquinas, en las puertas de los establecimientos públicos, en las bocas del Metro, el miliciano, obediente a una tácita consigna, se ha encarado con el mendigo y le ha preguntado: —¿Por qué pides limosna?

La respuesta, rutinaria unas veces, lógica y verdadera otras, ha surgido de labios del pediguño:

—Porque no tengo para comer.
Y el miliciano ha contestado enérgico:

—Pues no pidas por caridad. Todo el mundo tiene derecho a comer. Vete a un cuartel de Milicias, a un Centro político, a un restaurante controlado, y di al primer camarada que encuentres que tienes hambre. Verás cómo te dan de comer.

Y así era: el verdadero necesitado, el auténtico desvalido, la anciana, el inválido, cuantos han tenido verdadera hambre, todos han comido y comen en estos días de guerra. En Madrid, en la ciudad inmensa donde en tiempos de paz y de lujo se quedaban centenares de parias sin comer, hoy, en plena convulsión guerrera y revolucionaria, no se acuesta con hambre ningún desgraciado.

Y ha bastado esa disposición de fraternidad y de justicia social para eliminar automáticamente de la vía pública al mendigo profesional, al industrial de la miseria, al que siendo útil para el trabajo se dedicaba a explotar la sentimentalidad pública.

El verdadero pobre, el imposibilitado de ganar su sustento, recibe atención en los comedores para parados, en los Centros oficiales, en las organizaciones sindicales y políticas. A los ciegos se les ha permitido la venta de cupones de una modesta lotería diaria; a los inválidos se les ha dado cobijo, sin pesados trámites burocráticos ni favoritismos, en los establecimientos benéficos. Y el pícaro, el profesional de la pobreza, el explotador de la caridad, se ha visto bloqueado por esa espontánea, rápida corriente de generosidad cívica bien entendida, que, reconociendo el derecho de todos a comer, implanta también la obligación de todos a ser útiles para el trabajo o para la lucha.

Y he aquí cómo el miliciano, el nuevo tipo cívico, la gran creación popular de la epopeya que vive España, ha hecho desaparecer el tipo arcaico, lamentable y turbio, del mendigo profesional.

JUAN FERRAGUT

Del ambiente y de la vida

LA OBLIGADA ADAPTACIÓN

Por ANTONIO ZOZAYA

QUE todo se transforma en el Universo es verdad que demostró hace ya muchos siglos el peripatético, luego de afirmar que la vida es el movimiento y no puede haber movimiento sin transformación, aparentemente sólo de lugar y de tiempo; en realidad, de la materia y de la energía que la integra, ya que el espacio, como el tiempo, no son sino el orden en que las cosas se hallan y la relación anterior o posterior en que se realizan. Todo se transforma: lo que nos rodea y nosotros mismos; lo que somos y lo que pensamos.

A la transformación del medio tiene, necesariamente, que corresponder la adaptación a él por parte de los individuos. Lo ha dicho, entre galanas frases, el vate italiano: es forzoso adaptarse o morir; pero también al adaptarnos morimos poco a poco, porque esta adaptación nos fuerza a deformarnos. Quisiéramos que todo fuese siempre como lo deseamos y poco más o menos igual, y lo deseamos con tanto más ardor cuanto más viejos nos hacemos y más debilitadas se hallan nuestras fuerzas.

Esto explica el carácter conservador de los ancianos y su resistencia a aceptar ideas y cosas en que no pensaron jamás. En verdad, no aceptamos lo nuevo sin hacernos viejos y sin sentir menoscabo en nuestra personalidad y en nuestro organismo. Una escritora ilustre dijo hace tiempo que la imagen perfecta de la adaptación al medio es la estatua del jardín, rota y desnarrigada, sobre su pedestal roído. Se acostumbra uno a todo si tiene energías para no morir en la alteración de ideas, de usos y de costumbres; pero lo hace envejeciendo y a costa de la integridad de su cuerpo y tal vez de su espíritu.

En todo caso, hay que adaptarse, y es raro que no se sienta cierta resistencia a todo cambio, aun cuando sea para mejorar. Llevad a una anciana campesina a un lujoso hotel; rodeadla de todas las suntuosidades imaginables; hacedla convivir con gentes de espíritu selecto y de maneras exquisitas; trasladadla en automóviles cómodos y ricos a presenciar los más deslumbradores espectáculos y a visitar las poblaciones más célebres por su riqueza y su progreso, y la infeliz viejecita se sentirá mareada, fatigada, casi enferma, deseando regresar a su humilde vivienda campestre, a cuidar a sus animales domésticos y a cocinar sus pobres condumios en el bajo fogón, junto a los escaños en que vió sentados a sus abuelos, a sus padres, a sus hijos y a sus netezuelos. El hábito supone resistencia a la adaptación, y el hábito en los viejos, como afirma la sentencia popular, es una segunda Naturaleza.

¿Tendrán también las sociedades, nuevas o viejas, la resistencia a la adaptación? Tal pa-

rece ser la enseñanza que la experiencia nos procura. Las luchas sangrientas que preceden o siguen a todos los cambios políticos y sociales lo demuestran de manera rotunda. Hay hábitos sociales a los cuales se incorporan intereses materiales más o menos legítimos.

Lo que sucede es que los individuos mueren, pero la Humanidad no perece, y su vida, que parece siempre vieja, es perdurablemente nueva. Si no existiese esa resistencia al cambio, el mundo progresaría tan rápidamente, que todos cuantos en él habitamos nos sentiríamos dichosos. Pero es ley terrible que no haya progreso sin sacudida, como lo es que ni las hembras ni las colectividades puedan alumbrar sin dolor.

* * *

Los niños se adaptan mejor que los viejos a todas las innovaciones y cambios de vida. No tienen recuerdos, carecen de temores, apenas si han contraído hábitos. Ven con alegría todo lo nuevo. ¿No habéis observado que en las mudanzas de domicilio y en la preparación de viajes definitivos, cuando todo se halla revuel-

to y en desorden y los mayores se preocupan y desesperan no sabiendo cómo arreglarlo, ellos saltan, ríen y cantan gozosos, al ver que todo va a cambiar? Otro tanto sucede cuando hay trastornos políticos. Como ignoran el peligro y se hallan sedientos de vida, y la vida es cambio, lejos de afligirse se alegran, desesperando a sus progenitores.

En trueque, a los ancianos, un simple cambio de hospedaje los conturba. Los viajes los contrarían. «No mudes al asno viejo de pesebre», asegura nuestro refranero, en lenguaje tosco, pero clarividente. Para adaptarse, precisan muchas energías, y únicamente quienes conservan su vigor hasta en la senectud pueden contraer nuevos hábitos, siquiera ellos les procuren un seguro y más cómodo bienestar.

Paulham, Ribot y otros grandes psicólogos han estudiado suficientemente el hábito. Es resultado de una repetición de actos inconscientes. Para dominarlo es menester que en el individuo la vida intelectual se sobreponga a la medula. Un varón íntegro que ha pensado siempre más en el bienestar general que en el

suyo, puede adaptarse a todo lo favorable como a todo lo adverso, del modo que no se inmutaban los estoicos ante las más dolorosas contingencias. Piensa más en lo que conviene a todos que en lo que les es particularmente propicio. Oponer a la costumbre la ideación y la presencia del porvenir. Es seguro que si los imitásemos en las más penosas contrariedades, nos adaptaríamos fácilmente a cuanto se nos antoja terrible sin serlo. Amamos demasiado a la vida, suponiendo que no reside sino en nosotros, y a veces preguntamos si es cierto que hay una justicia absoluta y eterna que tolera nuestro dolor. Y entra en nosotros la duda de si esa Providencia puede evitar el dolor y no quiere, o quiere y no puede, como preguntaba, en su célebre tetralogismo, Lucrecio. Olvidamos, al pensarlo, que no podemos juzgar de lo Absoluto con acierto, porque carecemos de datos para hacerlo y nos hallamos en un plano muy inferior a él.

Pero nuestra dificultad de adaptación no destruye ninguna ley natural ni divina. En la Geometría analítica se demuestra la existencia del Infinito por puntos homólogos en líneas determinadas, aunque luego no podamos saber qué es el Infinito. De igual suerte, sabemos que hay un Poder infinito y una Sabiduría infinita, y lo comprobamos en la Creación. Pero como la Justicia no es más que la unión de la Sabiduría y el Poder, debemos estar seguros de que existe la Sabiduría infinita, aunque no la veamos por ninguna parte.

Hay que adaptarse a todo. Porque es necesario morir si no se acierta a vivir bien.



Últimos días de playa

(Fot. Erk)

10 PALABRAS:
PESETAS 4,15

SECCION DE ANUNCIOS TELEGRAFICOS

CADA PALABRA MAS:
40 CÉNTIMOS

ABUNDANCIA de amor, salud y riqueza por medio de la radiación cósmica. Pida informes: Utilidad, Apartado 159, Vigo (España).

EL diario «La Publicidad»—el primer rotativo de Granada y el de más circulación—es indispensable para la propaganda en Andalucía, donde circulan miles de ejemplares.

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida Pi y Margall, 9, entlo.

GOMAS higiénicas, catálogo gratis. Sirvo provincias. Casa Neverrip, Tetuán, 42, Madrid.

LOS desarreglos intestinales y los ardores de estómago se curan tomando el tónico digestivo «Tesoro del Estómago».

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

Para anunciar en esta sección dirijase a «Publicitas», Avenida de Pi y Margall, 9, entresuelo.

POR un real extirpará radicalmente callos, durezas, verrugas, etcétera, usando el patentado Ungüento Morrith. Puebla, 21, La Central de Específicos.

POSTALES felicitaciones moda. Brillo, Cartas, Almanaques lujosos. Brillo rosa-

do. Marca PD. Dúmatzen, Barcelona, Tetuán, 4.

SI le interesa el mercado de Asturias, anúnciese en «Región», diario moderno y de gran circulación. Apartado 42, Oviedo.

TAQUIGRAFIA, por Martín Estala. Redactada forma que hace innecesario profesor. Quinta edición, 6,50. Provincias, 7 pesetas. Librería Moya. Carretas, 37. Madrid.

EL IMPUESTO DEL TIMBRE A CARGO DE LOS SEÑORES ANUNCIANTES

La REGLA SUSPENDIDA POR CUALQUIER CAUSA, VUELVE SIN PELIGRO CON
PILDORAS FOREDAL ★
LA FORMULA MAS MODERNA • RECHAZAR IMITACIONES
FRASCO 10 PESETAS VENTA EN FARMACIAS • REEMBOLSO 10'75 PTS. •
LABORATORIOS FOREDAL. GIJON (ASTURIAS)

BLENORRAGIA
(PURGACIONES)
en todas sus manifestaciones. URETRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUIOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los
CACHETS DEL Dr. SOIVRE
que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta el completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.
Basta tomar una caja para convencerse de ello.
Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.
Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias
Agencias. -- New-York: Drug Importing C., 179, Adams Street Brooklyn. -- S. José Costa Rica: I. Carreras, Bazar Paris, Avenida Central. -- S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork, Tetuán, 73. -- Cuba: J. Carlos Guasch, Apartado 2293, Habana

PUBLICITAS, S. A.
ADMINISTRACIÓN DE LA PUBLICIDAD DE
PRENSA GRAFICA
AVENIDA DE PI Y MARGALL, 9, ENTLO. — MADRID —

URINARIAS
(AMBOS SEXOS)
Sin lavajes, inyecciones ni otras molestias, y sin que nadie se entere, sanará rápidamente de la blenorragia, gonorrea (gota militar), cistitis, prostatitis, leucorrea (flujos blancos de las señoras) y demás enfermedades de las vías urinarias, en ambos sexos, por antiguas y rebeldes que sean, tomando, durante unas semanas, cuatro o cinco CACHETS COLLAZO por día. Calman los dolores al momento y evitan complicaciones y recaídas. Pidan folletos gratis a Farmacia Collazo, Hortaleza, 2. Madrid. Precio: 17 pesetas.

LO MAS EFICAZ,
CÓMODO, RÁPIDO,
RESERVADO
Y ECONÓMICO

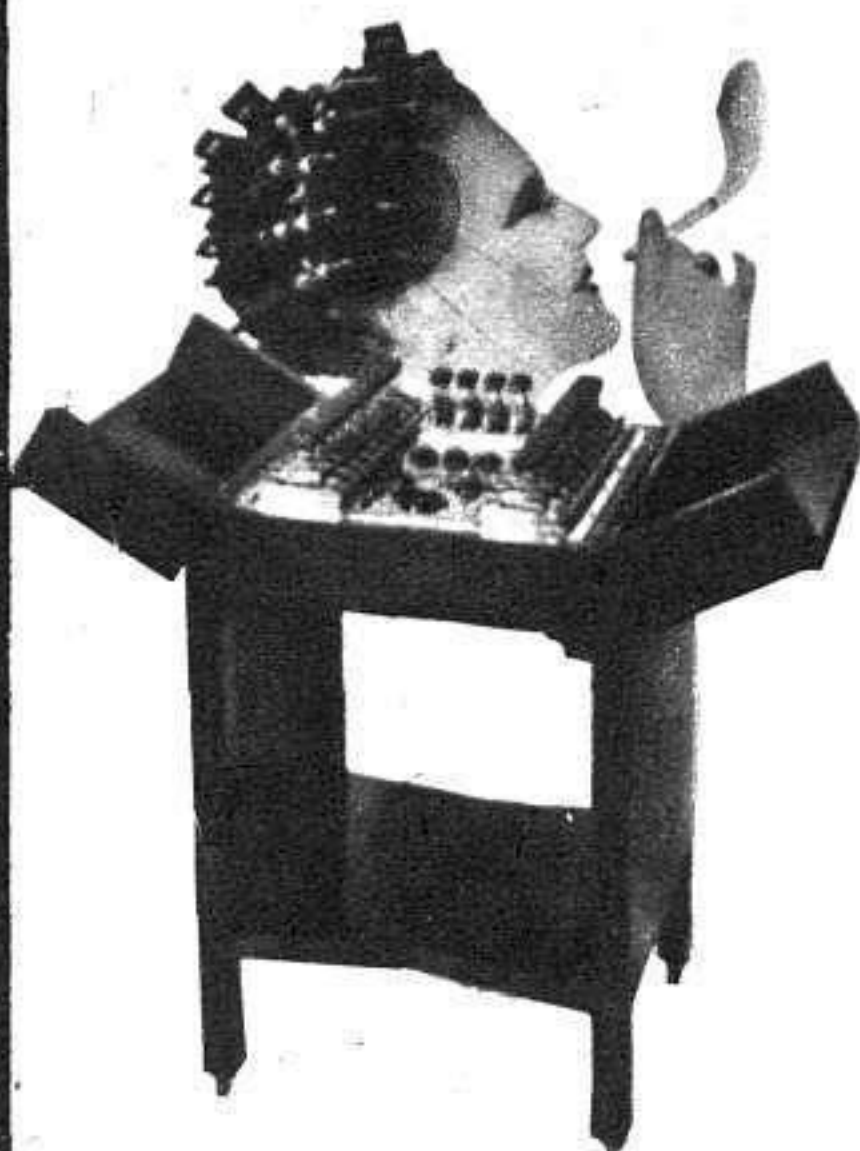

NAVAJAS-AFEITAR
MARCA
DOS LLAVES
DE CORTE SUAVE
NO IRRITAN EL CUTIS
FRIEDR. HERDER & S.
SOLINGEN - ALEMANIA

Rogamos a nuestros correspondientes, suscriptores y a todas aquellas personas que se dirijan a nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

PRENSA GRAFICA
Apartado 571
MADRID

PELUQUEROS

APARATO PERMANENTE TRIUMPH PATENTADO, SIN CORRIENTE Y SIN HILOS
ES EL ÚNICO DE FABRICACIÓN NACIONAL SIN RESISTENCIA EN LAS PINZAS



COMODIDAD.—SEGURIDAD ABSOLUTA.—LIGEREZA EN SUS CALENTADORES.—CON CONTROLADOR DE CORRIENTE.—ONDULACIÓN PERFECTA Y DURADERA

•
TODO ELLO SÓLO LO OBTENDRÁ ADQUIRIENDO UN MODERNO TRIUMPH
Sistema de enrollamiento por la punta

•
VENTAS A TODA GARANTÍA

•
PIDA CATÁLOGO GRATIS

Efectúe pronto su pedido. No olvide la pérdida que le supone no hacer llegar hasta sus clientes las purezas de los procedimientos modernos.

A. SOLE PALOU
SILLONES TRIUMPH

Notariado, 3, 5 y 7 • Avda. C. Peñalver, 8, ent.-1.º
Barcelona Madrid

Lea usted los domingos

CRÓNICA

30 céntimos el ejemplar

Conservas **TREVIJANO**

Los que huyen del dolor de la guerra

Estos tres chiquillos, refugiados ahora en Madrid, parecen tener aún en sus miradas tristes la visión dramática de la guerra

(Fot. Plortiz)

(Un reportaje en el interior del número)

